

## **Ciencias de la positividad y ciencias de la negatividad. A 40 años de *Psicología: ideología y ciencia* (1975-2015)\***

**Néstor Braunstein (Argentina)**

Buenas tardes. Me complace enormemente y mucho agradezco a la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Tucumán, especialmente a la Profesora Fabiana Lávaque, la posibilidad que me brindan de compartir este tiempo, este tiempo más allá del tiempo y este espacio que está más allá del espacio con los distantes pero no menos queridos y no menos próximos compañeros estudiantes y docentes de la Universidad de Tucumán.

El tema que me dispongo a abordar tiene, para mí, algo de irreal, algo de fantasmático, de sueño insólito que se cumple. Es la revisión, después de 40 años de un texto, un grueso libro que, según me dice y me aseguran, ha dejado huellas en la enseñanza y en la práctica de la psicología en todo el continente.

Les cuento. En 1973, cuando dictamos en la U. N. de Córdoba el curso que acabó siendo el volumen de *Psicología: ideología y ciencia*, nadie, ni el más optimista o el más visionario de sus autores, hubiera podido predecir que, cuando la gran mayoría de ustedes no había ni siquiera nacido, llegaría un día en el que estaríamos hablando de él, bien entrados en el siglo XXI y desde Europa, con la presencia de nuestras imágenes y palabras transmitidas inmediatamente —y esperemos que sin pérdidas— de un lado al otro del Atlántico. La historia es imprevisible; imprevisible es el futuro, pero también imprevisible es el pasado. El pasado es una cosa rara que se construye retroactivamente a partir del presente. La historia del año 1975 es la que escribimos en 2015.

---

\* Conferencia videograbada y reproducida en el marco del *IV Congreso Internacional de Psicología* en la Universidad Nacional de Tucumán, Argentina, el 19 de septiembre de 2015.

Esto que hacemos no era concebible psicológica y mucho menos técnicamente. Una videoconferencia como esta de hoy pertenecía al campo de la ciencia ficción y hasta de la alucinación. “Verla” en aquel entonces era cosa de locos.

No hubiéramos podido anticipar el curso de la historia argentina ni la del mundo ni la de nuestras ideas ni de la repercusión que hubiesen podido tener en el continente hispanoamericano las clases dictadas por anónimos maestros universitarios en los tristes años en que caía el gobierno socialista y democrático de Allende (1973) y en que las fuerzas parapoliciales se enseñoreaban sobre nuestro país asesinando a los “maestros de la subversión ideológica” — así era como nos llamaban en 1974 cuando debimos dejar nuestro país—, a esos profesores que invitaban a combatir en el plano de las ideas y en la vida profesional a los lugares comunes, a las estupideces de la civilización “occidental y cristiana” que nuestras heroicas y genocidas fuerzas armadas decían defender. Todo eso sucedía en 1973 y en 1974. Por las amenazas recibidas, después de cumplimentar los cursos en diciembre de ese año, tomamos el camino del exilio y acabamos recalando en México. En 1975, con las palabras augurales y cariñosas de la inolvidable cofundadora del psicoanálisis en la Argentina, Marie Langer, que se negó a repudiar tanto al psicoanálisis como al marxismo, el libro apareció publicado en Siglo XXI, con el auspicio editorial de otro gran argentino: Arnaldo Orfila Reynal. De inmediato, y para nuestra sorpresa, nuestra obra se transformó en una herramienta para la transformación de las facultades de psicología en el continente y para la difusión del psicoanálisis en una visión crítica y contraria a la oficial transmitida desde las tribunas y las cátedras de los EEUU y de Inglaterra. Los analistas que hablaban en inglés se habían adueñado del discurso de Freud y lo confundían con uno que estaba al servicio de la ideología cientificista del individualismo burgués. Nuestro libro era una crítica tanto de la psicología académica como del “psicoanálisis desleído” de quienes desteñían a Freud y lo transformaban en un autor benévolo y complaciente con los ideales de la sociedad de consumo; también debíamos enfrentarnos con los “freudomarxistas” que, como Erich Fromm, presentaban un psicoanálisis desfigurado, un psicoanálisis sin sexualidad y un materialismo histórico sin lucha de clases.

Pero ¡jojo! Que esta conmemoración de los 40 años no sea entendida como el festejo de un triunfo. La lucha prosigue. Estamos hoy reunidos en Tucumán para mostrar que las condiciones actuales para promover un discurso crítico de la psicología académica siguen presentes y, más aun, que nuestras circunstancias en lo ideológico son hoy en día aun más inciertas y precarias que lo que eran 40 años atrás. No hemos triunfado y ni tan siquiera avanzado en nuestro combate contra la ideología psicologista, a pesar de la presencia de psicoanalistas en instituciones y en

cátedras de Tucumán y de buena parte de la Argentina. Debemos reconocer que en muchos aspectos hemos retrocedido, que nuestra posición es ahora más vulnerable que entonces. Valga la advertencia: nuestros adversarios ideológicos en el mundo entero se han afianzado, se han hecho más fuertes y llevan las de ganar en el terreno profesional y académico. En la mayoría de las facultades de Europa y América han conseguido desplazar al psicoanálisis a un lugar marginal. En otras palabras, el contrincante oficial, la psicología enseñada en las universidades y practicada en todas las instituciones, ha cambiado y esa psicología es nuestro Gran Otro, el adversario ante el cual debemos definir constantemente nuestra posición y refrendar, basados en Freud y también en Lacan, “nuestra deuda y nuestro deber”. La consigna en este 2015 es la de ser consecuentes con los que fuimos en 1975.

Es por eso que, insisto, no ha llegado el momento de las celebraciones, sino que es tiempo de confirmar nuestro compromiso con el pensamiento crítico del cual los nombres de Marx y Freud son faros y emblemas a los que no cabe juntar en un mistificador freudomarxismo al que, como ya dije, nunca adherimos.

Tenemos que hablar de ese gran Otro, de ese paisaje actual de la psicología académica y marcar nuestra diferencia que es ética y epistemológica; no podemos estacionarnos en lo mismo que oportunamente planteamos como una lucha ideológica y, por lo tanto, política. Si un mérito grande tuvo esa elaboración de los cinco autores que participamos en ella (cinco incluyendo a Paulino Moscovich, nuestro maestro y precursor, que dictó clases pero no es autor de ningún capítulo y murió exiliado en Israel después de haber sido encarcelado en Córdoba) es que nuestra obra sirvió como momento de inicio. Lo mejor del libro es que no frenó sino que puso en marcha lo que debía seguir como su continuación. Por eso mi libro siguiente, en donde discutía las relaciones entre la psiquiatría, la teoría del sujeto y el psicoanálisis, se llamó *Hacia Lacan* y vio la luz en 1980. Con nuestra llegada, la de Frida Saal, la de Marcelo Pasternac, la de Gloria Benedito y la mía, por primera vez en México se dieron cursos universitarios, se crearon instituciones lacanianas y se publicaron libros que iban surgiendo año tras año, primero bajo nuestros cuidados (los de Frida Saal y míos) y luego con los compañeros que vinieron de Argentina y se sumaron a los mexicanos que escuchaban nuestras enseñanzas y realizaban su formación analítica. También en esos años fuimos participando en actividades internacionales de reunión con psicoanalistas americanos y europeos y hubo reconocimientos recíprocos como ese que marcó nuestras vidas cuando se dio el encuentro con Marta Gerez Ambertín y con el entusiasta grupo, ahora ya de larga historia, que es la Fundación Sigmund Freud de Tucumán, cuando comencé a venir periódicamente e impartir conferencias en esta entrañable Facultad de Psicología del jardín de la república. Entre México y Tucumán se

establecieron lazos de auténtica fraternidad. El broche de unión fue siempre Marta Gerez, coautora en muchos de nuestros libros mientras yo me honraba en participar en los cuatro volúmenes de *Culpa, responsabilidad y castigo* que son los frutos dorados del psicoanálisis nacido en estas tierras y que maduran en Brasil, en Colombia, en Ecuador, en Nueva York, en California y en Puerto Rico.

Desde aquel *Hacia Lacan* publicado en 1980 seguimos bregando en una doble lucha: psicoanalítica (en donde el logro máspreciado, en lo personal y para mí, es la publicación de *Goce* (1990) y su transformación en obra de referencia en el psicoanálisis lacaniano a partir de sus traducciones al inglés, francés, portugués y parcialmente al alemán, y, por otra parte, la nunca abandonada participación en las extensiones de nuestro pensamiento al campo de lo social de lo que dan fe nuestros libros sobre las consecuencias de la práctica inaugurada por Freud y por Lacan en lo político. Son varios tomos dedicados a *El malestar en la cultura, la Moral sexual cultural, Tótem y tabú, la Introducción del narcisismo* y a proseguir el debate con la psiquiatría oficial en *Clasificar en psiquiatría* (aparecida recientemente en Madrid, México, Buenos Aires de manera simultánea). En esa misma línea se incluye el análisis de la relación entre los cuatro discursos distinguidos por Lacan (el de la histeria, del amo, de la universidad y del psicoanálisis) y el discurso capitalista o de los mercados, el discurso que tiende a ser dominante en nuestro tiempo. Ese fue el objeto de un libro publicado en español y francés que me complace mencionar aquí y se titula *El inconsciente, la técnica y el discurso capitalista*. Cuarenta años han pasado, dos veces veinte años, que no son nada cuando febril la mirada descubre que la vocación continúa y que, sin repetirnos ni arrepentirnos, hemos sostenido la pasión de nuestros juveniles inicios: por el psicoanálisis y por la vinculación del psicoanálisis con la promoción del pensamiento crítico y de la justicia social que es su corolario y que, por ser su meta, es su razón de ser. El psicoanálisis es práctica social y no decoración de interiores.

A no confundirse; no ha llegado el momento de hacer ni la siempre sospechosa autobiografía ni la tendenciosa historia.

La psicología académica que criticábamos en *P: I y C*. se centraba en los dos temas de la conciencia y la conducta, formas ambas de desconocer la ruptura epistemológica, el punto de no retorno, que representaba el psicoanálisis para el estudio de los fenómenos humanos singulares, la vida de cada uno de nosotros que se proyectaban a lo social.

¿Y qué pasa ahora? Ahora han cambiado más las apariencias que lo fundamental en ese discurso universitario y en los programas de formación de los psicólogos. En el fondo, todo sigue igual... o peor. Ellos se dicen cada vez más científicos y a nosotros nos tratan cada vez más de

‘seudocientíficos’. La “conciencia”, que cuestionábamos en nuestro libro cuarentón, se ha transformado en “lo cognitivo” y la “conducta” ni siquiera debió actualizar su ropaje verbal: es “lo conductual”. Así, las dos vertientes académicas denunciadas en *Psicología: ideología y ciencia* se han unificado en un enfoque llamado con orgullo por sus promotores como “cognitivo-conductual”, con sus ideologemas, sus métodos y sus terapias llamada siempre con este rótulo híbrido de Cognitivo-Conductuales. A la clásica experimentación con ratones de los años ’80 se le ha sustituido, con “ventajas”, según nos dicen, la exploración directa del cerebro con las nuevas técnicas no cruentas de investigación de fenómenos neuronales y sinápticos de modo que los estudiantes de hoy no tienen que transpirar tanto siguiendo a las ratas en sus laberintos sino a los *patterns* de estimulación y la distribución de las luminosidades en los centellogramas cerebrales que se pueden ver como manchas móviles de color fluorescente en las pantallas de los artefactos del escaneo. Por su parte, a la exploración de la conciencia con estadísticas y encuestas se le aplican hoy modernas aplicaciones de la ciencia cibernética, de la llamada “inteligencia artificial” y se recurre a modelos que apenas comenzaban hace 40 años cuando se iniciaban, cuando nacían, las computadoras. La “conciencia” de aquel entonces es ahora “cibernética” y la “conducta” es atribuida a sus presuntas “bases cerebrales”. El paradigma cognitivo-conductual de aquellos días es retapizado hoy en estos términos que les acabo de describir. Lo que se mantiene invariado e invariable es el repudio del inconsciente, de lo no calculable, del sentido de los sueños y de los síntomas, de un método de investigación de la subjetividad que no es susceptible de cálculo y de integración al lenguaje binario de las computadoras. Lo contrario a ese paradigma es el método desarrollado por Freud y por Lacan. Lo subjetivo, para la psicología académica de hace 40 años y la de ahora no es un objeto de estudio: es una lacra, una excrecencia, una verruga a la que hay que extirpar. La consigna es ser ‘objetivo’, rechazando lo subjetivo.

He resumido en breves líneas el punto en el que se encuentra la “ciencia” oficial de la *psicología*, según ciertos filósofos actuales que gozan de universal reconocimiento. Estos “pensadores”, sostienen que los secretos del alma humana, de la mente, suelen decir (de la *subjetividad*, como decimos nosotros, privilegiando un vocabulario que deriva de Lacan y que repudia la metafísica de la mente, esa versión laica del alma) serán resueltos, con el andar del tiempo, mediante su reducción a fenómenos biológicos, los propios de la fisiología cerebral. Su idea es que el cerebro, ese órgano, acabará por explicar a la persona. A estos teóricos de la psicología de hoy podemos llamarlos, con toda confianza, “neurofilósofos” y los hay de varios tipos y cepas que no tenemos tiempo para mencionar aquí aunque lo haríamos si tuviéramos que dar un curso actualizado en torno al tema “¿Qué —qué diablos— es la psicología? El objetivo que ellos persiguen es la limitación de la psicología a los esquemas propios de la

ciencia llamada “natural”. a una “naturalización del alma” que niega el aporte sustancial y revolucionario del pensamiento estructural que permitió el psicoanálisis de hoy, el psicoanálisis “lacaniano”, si es que insistimos en ligarlo a un nombre propio, el de Lacan, fundador de una nueva discursividad, como decía el lamentado Michel Foucault que murió en 1984, tres años después de Lacan.

Ahora voy a poner énfasis especial en una tesis que quiero remarcar como la médula de mi conferencia: la oposición y la disyuntiva entre las ciencias que sirven de fundamento a estos neurofilósofos, las ciencias llamadas positivas, las de la naturaleza y las otras, las que yo he llamado ciencias del signo y, más llanamente, “ciencias negativas”. Como ustedes saben, las ciencias que todo el mundo considera como tales afirman con orgullo que se basan en hechos objetivos, en cosas que si uno puede ver, también otro puede ver y así com-probar lo que vio el primero y no solo comprobar el hecho sino también medirlo y ponerle números sometiéndolo a estadísticas y estudios probabilísticos que permiten calcular y prever lo que sucederá en circunstancias parecidas. Esos hechos alcanzan así la llamada y tan preciada “objetividad” sin la cual todo es (o a ellos les parece) incierto. Hechos y resultados que no dependen de la subjetividad de los observadores y por eso, por ocuparse de datos comprobables por cualquiera que se ponga en ese lugar de observación, los hechos en cuestión se definen como “positivos”. Están puestos, posicionados para ser vistos. Positivos, no especulativos, no subjetivos, no intuitivos. Hechos susceptibles de repetición y, por lo tanto, calculables y en buena medida previsible. Ese es el modelo de las ciencias en el discurso universitario que tiene en todo el mundo como uno de sus referentes más respetados a un compatriota nuestro al que habrán oído nombrar que se llama Mario Bunge. En su concepción, toda disciplina que se presente como tal y que no esté basada en estos hechos comprobados y calculables es una “seudociencia”. En esa lista de falsificaciones entrarían la astrología, el psicoanálisis o la economía política y una ciencia de la historia centrada en la reflexión de otros hechos distintos de las variables cuantitativas, medidas en dólares y euros, en tasas de desempleo, en pérdidas y ganancias de los mercados.

Lo que quiero hoy proponerles y subrayar es que hay otra clase de “ciencias”, esas cuyo modelo tomó Lacan de la lingüística estructural desarrollada a comienzos del siglo XX, al mismo tiempo que nacía, el psicoanálisis de Freud en la cual los hechos no son “positivos” sino que cada uno es el que es porque viene a un lugar que no es ocupado por ningún otro. “Ciencias conjeturales” las llamaba el psicoanalista francés. Ustedes ya lo saben: no es ninguna novedad. las estructuras no son “hechos” sino que son sistemas de diferencias. Si digo *taza* no digo *caza*, ni *tiza* ni *cacerola* aunque hablando en argentino, no pueda distinguirse si es la tasa es la tasa de crecimiento o la taza de té, si es la caza de las liebres

o la casita de mis viejos. La materialidad del significante, del sonido, “taza” no está en las letras que forman la palabra sino en la diferencia entre esa palabra y todas las demás de la lengua española. Lo concreto no está en la positividad de lo que se dice sino en la negatividad, la ausencia de la palabra que no se dice y que podría decirse en ese mismo lugar de la frase. Así pasa con los hechos históricos, con los hechos económicos, con los sueños, con las vidas de cada uno de nosotros. La materialidad de estos hechos no ha de buscarse en la positividad de su manifestación empírica, en lo que cualquiera, en realidad lo que nadie, puede ver o calcular sino en la negatividad de todo lo que pudiera venir a su lugar. Por eso les digo que hay ciencias que no establecen hechos sino diferencias entre los hechos, diferencias que no pueden cuantificarse ni predecirse pues dependen, no de lo que las cosas son, sino de lo que *no son*. Esos hechos claro que son materiales, pero se dirimen en el campo del lenguaje y no el de las matemáticas y el cómputo. Ciencias de la negatividad (o del signo, para usar la palabra de de Saussure) son, para mí, las ciencias de las estructuras inconscientes en medio de las cuales nacemos, vivimos y actuamos. Existimos en ellas y las revelamos sin saberlo en hechos y palabras: cada uno de nosotros está ubicado en su lugar por esas estructuras invisibles, que no aparecen en los espejos ni en los aparatos, que no se prestan al cálculo. Ciencias de lo incalculable. Nosotros no somos las causas de esas estructuras sino sus efectos. No brotan de nuestros cerebros sino que nuestros cerebros deben funcionar dentro de los marcos que ellas les fijan. Para ser concretos: cada uno de nosotros viene al mundo en una familia inserta en un sistema de parentesco variable y ya establecido, habla una lengua que tiene una existencia milenaria, está inmerso en coyunturas económicas, políticas, jurídicas y sociales que nos preexisten y que distribuyen las cartas con las que habremos de jugar en la vida. Todas esas son las ‘estructuras’; ellas son verdaderas, determinantes, eficientes, materiales, lo que quieran, pero para cada uno de nosotros que las encarnamos, son “inconscientes”, no son objetos de la percepción, no se pueden fotografiar, no aparecen en los espejos, son matrices de relaciones y no hechos positivos. Son reales y son simbólicas pero no son imaginarias. En otras palabras, nuestros muy plásticos cerebros de aristotélica arcilla, nuestras tabulas rasas, nuestras pizarras en blanco de la mente, son modelados en y por la cultura en la que vivimos sin que ni ustedes ni yo las hayamos elegido ni podamos cambiarlas. Participar en esa cultura, mis queridos tucumanos, aunque sea oponiéndose a sus convenciones, es la condición de la existencia de todos. Las circunstancias de nuestras vidas y las de nuestros padres y nuestros contemporáneos que se están sentados en la silla de al lado son independientes del saber que podamos nosotros o los sociólogos tener de ellas. Aun así, a nuestras espaldas, son esas casualidades las que nos configuran, si ustedes quieren, las que deciden cómo nos ubicaremos en el mundo, qué frases diremos y cuáles no podremos decir, qué pensaremos

de nosotros mismos y qué sentiremos hacia los demás. Ya en 1843 decía Marx, oigan bien, presten atención:

Las formaciones nebulosas que *se condensan en el cerebro* de los hombres son sublimaciones necesarias de su proceso material de vida, un proceso empíricamente registrable y sujeto a condiciones materiales. La moral, la religión, la metafísica y cualquier otra ideología y las formas de conciencia que a ellas corresponden pierden, así, la apariencia de su propia sustantividad. no tienen su propia historia ni su propio desarrollo, sino que los hombres que desarrollan su producción material y su intercambio material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento. *No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia.* (itálicas agregadas) Repito esta frase bien conocida porque en el párrafo de Marx están justa y precisamente articuladas las palabras cerebro, material, conciencia y vida. (Marx, 1843, p. 32).

Y la vida, jóvenes compatriotas, no es objetivable, calculable ni previsible. El cerebro es indispensable, sí, pues en él se desarrollan “formaciones nebulosas” —¿cómo, cómo no serían *nebulosas* si se ignora de donde proceden, si aquello que no es consciente de nuestra vida (social, corporal) es la que determina la conciencia? La psicología oficial, académica, la de hoy en día, se funda en la anticipación ideológica de que, en un futuro previsible pero no por ahora, los procesos mentales podrán ser objetivados, antes o después, como actividades cerebrales, accesibles a los métodos de las ciencias naturales y que los procesos cerebrales dejarían de ser “nebulosos”. Por eso hablan, tanto ellos como nosotros, de una “naturalización” de la psicología. La diferencia que nos separa radica en que lo que para ellos es profecía para nosotros es fantasía. Seamos claros. No que el cerebro no sea esencial o no esté en la base de los fenómenos que llamamos psicológicos. Pero las “formaciones nebulosas del cerebro” de las que hablaba Marx son permitidas por la acción de infinitos *procesos neuronales, corticales y subcorticales, que hacen posible* el habla, la memoria, la comunicación, las emociones, los sentimientos, hacen posible todo lo que es “subjetivo”. *Hacen posibles*. El cerebro no hace la memoria sino que hace que la memoria sea posible. A la subjetividad, a lo particular de cada uno, imposible de objetivar por cientificista que se sea, se la tiende a llamar, en ese discurso, con el equívoco y jamás definido nombre de “conciencia”. Pero el órgano pastoso que se aloja en el interior del cráneo no es la *causa* de la subjetividad (o de la conciencia) sino su *sustrato*, el imprescindible escenario de ciertos mecanismos que, ellos sí, pueden ser objetivados, conocidos, activados o desactivados por medios físicos o químicos y que se van develando progresivamente ante la



encomiable curiosidad de los neurocientíficos que recurren a técnicas cada vez más precisas de investigación.

El problema viene siendo planteado desde fines del XIX, en el comienzo mismo de nuestra disciplina ya no joven, bastante más vieja que los más viejos de nosotros, el psicoanálisis, que forma parte del ambiente social, cultural, ideológico y político en el que crecimos. Sabemos que al comenzar su vida en el psicoanálisis, en 1895, Freud hizo un intento de ligazón teórica que fracasó y acabó en cajones de manuscritos inéditos y no destinados a la publicación: era lo que él llamaba “una psicología para neurólogos”. Al terminar esa vida, en 1938, Freud había sacado su conclusión y —esto sí lo entregaba al público como pieza final de su teoría, lo hacía público en vez de enterrarlo en los archivos de oscuras páginas como el que conservó su amigo Fliess. En 1938, les decía, un año antes de su muerte, afirmaba de modo tajante que esas presuposiciones y esa búsqueda no podrían dar resultado. Comenzó su testamento científico, el conocido *Esquema del psicoanálisis*, diciendo — ¡pongan ahora la misma atención que les pedí para el párrafo de Marx!— :

El psicoanálisis establece una premisa fundamental cuyo examen queda reservado al pensar filosófico y cuya justificación reside en sus resultados. De lo que llamamos nuestra psique o vida anímica, nos son consabidos dos términos: en primer lugar, el órgano corporal y escenario de ella, el encéfalo (sistema nervioso) y, por otra parte, nuestros actos de conciencia que nos son dados inmediatamente y que ninguna descripción podría transmitir. Ignoramos, en cambio, lo que haya en medio; no nos es dada una referencia directa entre ambos puntos terminales de nuestro saber. *Si ella existiera, a lo sumo brindaría una localización precisa de los procesos de conciencia, sin contribuir en nada a su inteligencia.* (Destacados agregados)

¡Qué claro que era Papá Freud! Mostrar centros y vías y redes y circuitos cerebrales, eso estaría muy bien, sería muy interesante, conoceríamos la localización... pero en nada contribuiría a entender la vida psíquica. Hay, por un lado, un espacio encefálico, accesible a la investigación biológica, el de las neuronas y los chapoteos de neurotransmisores en las sinapsis; hay, por otro, un espacio que es otro, el de los “procesos de conciencia” que exploramos pidiendo al sujeto que diga lo que se le pasa por la cabeza con el método psicoanalítico cuyo único medio y recurso es la palabra hablada. Dos puntas tiene el camino y en las dos alguien nos aguarda: un punto terminal que es “órgano y escenario”, otro que es el de los “actos de conciencia”, que son “datos” inmediatos e imposibles de describir, eso que cada uno siente. Si puentes

hubiese entre esos dos espacios (cada uno en un extremo, con su propia topología) no progresaríamos en eso a lo que quisiéramos llegar: la inteligencia, la comprensión, del funcionamiento del psiquismo. Por eso podemos seguir hablando de la psicología como una *ideología cientificista* que hoy en día se disfraza como “teorías y prácticas cognitivo-conductuales” y modelos cibernéticos de “inteligencia artificial”. Se supone que ellos darán lugar a una ciencia “objetiva” y “positiva” de elementos y datos con los cuales se podrá alimentar a computadoras. Es así como se alimenta la fantasía de penetrar en la maraña de los circuitos neuronales y desentrañar los enigmas del funcionamiento de la psique.

Abusaré ahora de una metáfora que me es familiar. Voy al cine —cosa que me gusta mucho y es para mí una fuerte adicción (¿me dirán los neurofisiólogos por qué soy adicto al cine?) — y quiero entender la película que vi y que produjo muchos, muchos, efectos intelectuales y afectivos en mí de los que soy conciente y otros que se me escapan y quisiera entender. Tengo una memoria más o menos fiel, más o menos quebradiza, y recuerdo en mi conciencia lo que vi y lo que sentí. Le pregunto por esos efectos a un experto que pasa por ahí y me dice: “Vea; la película depende del equipo de proyección y de la pantalla donde usted la ve. Le voy a explicar”. Él habla y yo escucho con atención. Su discurso de sabio es preciso y fascinante: me cuenta cómo era en los tiempos del celuloide y cómo se pasó de lo analógico a lo digital, de la intensidad de la luz que hace falta para que el rayo se proyecte, de los pixeles que determinan la precisión de las imágenes, de los decibeles de la música, de los equipos de sonido y su progreso desde la época del cine mudo hasta el dolby actual, de los procedimientos para que se vean las secuencias en tercera dimensión y de los lentes que hacen falta para que se produzca ese efecto aunque pronto ya no serán necesarios por el avance de las técnicas de la filmación. No para él de hablar y yo de aprender. “¡Fantástico!”, exclamo. “Ya entendí la película porque sin esos aparatos y sin esa pantalla no vería nada y no sabría ni siquiera que hay película y que estoy en el cine... Pero, disculpe, hay algo que todavía se me escapa. La película ¿de qué trata, cuál es el guión, quiénes son los personajes, por qué me deja tan emocionado o me deja con la sensación de haber perdido el tiempo viendo un bodrio espantoso? Comprendo que puedo aprender cada día más sobre los equipos, la fuente de energía de donde procede la luz, los problemas que puede haber si baja el voltaje, si cae aceite o alquitrán en la máquina, las nuevas patentes que se han registrado para tener proyecciones cada día menos “nebulosas”... pero... ¿podría decirme usted algo acerca de la historia contada, de la película en sí, del tiempo al que me hace regresar o progresar en el presente o en el futuro según sea una cinta de época o de ciencia ficción o cómo me informa de lo que pasa en Turquía o en Paraguay, de porqué la continuidad o las elipsis en el relato, de los estados de ánimo que inducen en mí, en mi cerebro, sin duda, los efectos de luz y sombra que mi retina percibe?” El interlocutor me responde: “Sí; claro, yo

le explico. Cuando usted ve el filme, eso que usted llamó una “cinta” y ahora es un *devedé* o una información descargada de internet, se activan – lo puede ver en la centellografía– áreas de su corteza frontal que es necesario poner en funcionamiento para que tenga pensamientos y entran a tallar áreas subcorticales en el hipocampo para que usted pueda guardar un registro de las emociones: si se angustia es *aquí* (me marca con un puntero una zona del interior del cráneo), si se excita sexualmente es *allí* (otra), si se alegra, se ve en el *flashing* de esta *otra* parte, si se espanta usted cierra los ojos con estos movimientos palpebrales. ¡Ah! si pudiera usted saber qué complejo es lo que pasa en su cerebro mientras ve la película! ¡Años vamos a tardar en entender cómo se producen, se liberan, se reabsorben los neurotransmisores y cómo está determinado genéticamente el proceso de su producción y por medio de qué mecanismos fisicoquímicos usted goza más de películas de acción y de terror que de filmes románticos!” El técnico me ha explicado cuanto se sabe sobre el funcionamiento del proyector y también ha indicado lo que aun no se sabe pero se podrá llegar a saber acerca de los complicados procesos que suceden en el espacio mensurable, cuadriculable, calculable, de los nanomilímetros que hay entre las sinapsis y en los metros que hay entre mi ojo y la pantalla. Supongamos que ya lo sé todo incluyendo lo mucho que queda por saber sobre estos procesos. Pero ¿y la película? ¿Qué busco en el cine cuando compro el boleto? ¿He aprendido algo acerca de mí como sujeto, acerca de la industria del cine, acerca de los procesos creativos del director, los actores, el escritor, el músico, el fotógrafo, lo que podré conversar con otras personas que fueron en otros días a otras funciones y lo que pudo gustar o no de ella a los críticos enterados no tanto del mecanismo físico de la proyección de imágenes sino de la proyección imaginaria y emocional o intelectual de un espectador como yo, sumergido en el espectáculo? Acabaré llegando a la conclusión de que entre el proyector y la película de la que me habló el técnico y mi experiencia cinematográfica hay una “brecha explicativa”, una brecha que no seré capaz de cerrar por más que me empeñe en ello y por más pegamento que ponga en las juntas. Tendría ¿se acuerdan o ya se les borró del marote? “*Una localización precisa de los procesos de conciencia, sin contribuir en nada a su inteligencia*”. De paso, busco “marote” en el Diccionario de la Real Academia y me dice que es una palabra de uso coloquial en la Argentina y el Uruguay para designar la cabeza de una persona o su inteligencia o capacidad de entender. En México y en España nadie tendría el marote para seguir mi discurso porque “marote” no tiene significación; es un significante ausente. Ese es un buen ejemplo de la epistemología negativa que trato de explicar hoy.

Por eso conviene ahora regresar a la distinción que propongo entre ciencias de la positividad, del espacio real, de los procesos que nadie duda en llamar “materiales” y lo que entiendo como ciencias de la negatividad, de las diferencias, de lo que se produce en cada uno de nosotros porque

captamos, no lo que las cosas son tal como las percibimos sino lo que *son por diferencia* con lo que podría haber pero no se percibe; eso que no transcurre en el cráneo sino en un espacio virtual inaccesible al cálculo de probabilidades y al lenguaje binario. Cada uno ve “su” película y es de eso que vio de lo que puede hablar. ¿Cómo escribir en una sucesión de unos y ceros la diferencia entre “casa” y “cosa” (apenas un fonema de diferencia) que no es, como en inglés, la diferencia entre “house” y “thing” (dos significantes tan diferentes) o, en francés, entre “maison” y “chose”. ¿Cómo entender la diferencia entre “la casa está que arde” y “la cosa está que arde”? ¿O, incluso, sin fonemas de diferencia, por ejemplo entre dos seductoras invitaciones: “¿Nos vamos a Costa Rica?” o “¿Nos vamos a acostar, rica?” ¿Me dará la centellografía elementos para entender esas dicotomías semánticas? O “a lo sumo brindaría una localización precisa de los procesos de conciencia sin contribuir en nada a su inteligencia?”, como decía Freud. ¿Entienden adónde nos lleva el psicoanálisis y adónde vamos con la psicología cognitivo-conductual?

Es el momento de recalcar que estas diferencias no son “ideales” y que los procesos de inclusión del sujeto en el espacio de la sala del cine y su deseo de comprender la película son tan materiales como los encendidos y apagados neuronales a los que nos refiere el científico positivo, naturalista. Sólo que se trata de espacios distintos y que la diferencia entre *casa* y *cosa* no se debe al fonema de diferencia sino porque esa *a* y esa *o* están inscriptas en la estructura de la lengua española que los hablantes manejamos “inconscientemente”, que hemos aprendido en la primera infancia y que nos hace miembros de una comunidad hecha de instituciones que no son neuronales (esta universidad donde me escuchan, la revista donde se publicarán mis reflexiones) aunque, como en el cine, sea necesario, sea imprescindible, que funcionen las neuronas y los aparatos de proyección y los cerebros para que el fenómeno de “asistir al cine”, de enseñar, de publicar, tenga lugar. Pero un saber no nos da el otro. La brecha es incolmable: no se puede zurcir ni echar un puente que las una. Estos dos saberes, el de las máquinas y el de la película sobre mí como sujeto psicológico o, lo que es otra cosa, como sujeto del inconsciente, no son excluyentes aunque su recíproca necesidad no permite que se pueda ni tan siquiera soñar con reducir el uno al otro o eliminar a uno de los dos.

Me animaría a sostener que *uno* es el “hombre máquina” incluyendo a las máquinas más complejas que cabe imaginar, la supercomputadora o el cerebro exuberante en neuronas, y *otro* es el “sujeto” hablante y miembro de la sociedad de los hombres que es empujado a pensar y actuar por su lugar en la sociedad, en la lengua que le da su “identidad”, en sus aspiraciones a gozar de su cuerpo y en las trabas que encuentra para ello. El *sujeto*, por su parte, es efecto de significantes, esto es, de una sustancia material, sí, pero no espacial, consistente en un sistema de diferencias. En

ese sistema la singularidad de cada elemento depende de su diferencia con los demás. Me llamo Néstor, tú te llamas Luisa y lo que hay entre nosotros no es lo mismo de un lado y del otro. Esa diferencia hace que seamos vos y yo, que seamos quienes somos. Técnicamente la diferencia, la negatividad, es lo que nos constituye, lo que hace que cada uno sea un ser singular, que cada palabra sea distinta de las otras. La marca diferencial se llama 'diacrítica'; es algo inagotable e irreductible a una formulación sintética. Lo que es decisivo en el habla y en la lengua son los fonemas de diferencia. Si estamos escribiendo, pongamos por caso, lo diacrítico está señalado por un tilde, una trivial marquita. Por ejemplo cuando escribimos 'el' sin acento y nos damos cuenta que es el artículo o escribimos 'él' con acento y es pronombre. El tilde, la mínima rayita, en ese caso, debe escribirse porque, aunque las dos sílabas suenen igual, la marquita del acento las establece como diferentes. No hay diferencia en lo que se escucha.

Si el sistema está compuesto por  $n$  elementos, por ejemplo, el conjunto de los significantes de la lengua española, cada uno de ellos es  $n - 1$ . "Casa" es una palabra porque es diferente de 'cosa' y de todas las demás. Ese "menos" es la sustancia material y negativa de la que cada una de las palabras y cada uno de nosotros está hecho. Está el Otro del conjunto social y, dentro de ese Otro, cada uno es menos uno,  $- 1$ , uno que falta y que es diferente a los demás aunque sean las mismas las leyes del funcionamiento fisiológico del cerebro de uno y otro. Vale para cada uno de nosotros, de nos que somos otros.

El cerebro humano es el producto de la evolución natural que ha permitido a unos animales en particular, unos que se han bautizado a sí mismos como *homo sapiens*, avanzar en el proceso de selección y singularizarse por la capacidad de usar un lenguaje hablado, construido a lo largo de siglos, no natural. Con esa herramienta orgánica, con esa sustancia más o menos viscosa que hay en el marote y sus matices de gris, pueden rebasar a la evolución *natural* instaurando otro tipo de evolución: la *histórica*, que no va a contrapelo de la primera sino que constituye, respecto de ella, un salto cualitativo. A partir de entonces, el "progreso" no es de los mecanismos neuronales que son básicamente los mismos de hace, digamos, 10.000 años. El chimpancé de hace 10.000 años es el mismo chimpancé de ahora. Pero el ser humano es un ser histórico que transmite a sus descendientes no sólo la estructura genómica como lo hace toda la sustancia viviente, la vegetal incluso, sino todas las formaciones que ha producido la civilización mediante escrituras, trazas, huellas, rastros, de lo vivido por las generaciones anteriores, incluyendo el conocimiento autorreflexivo de su propio devenir en el tiempo, de su ser histórico cuya vida hace a su conciencia.

Las ciencias positivas —sostengo, y en resumen— producen resultados a los que cabe escribir en lenguaje binario, poner en un código

de barras y, en última instancia, no requieren de traducción pues la información que da es la misma aquí que en la China. El *newspeak* — la neolengua, una neopalabra, como la llama George Orwell en su novela *1984* — de las computadoras es un *no-speak*, una serie de trazos inaudibles que una máquina escribe y otra máquina descifra mientras que la mano y el ojo son incapaces tanto de realizar esa escritura como de hacer esa “lectura”. ¡Traten de leer lo que dice su pasaporte en el código de barras donde está escrito lo particular de ustedes para las máquinas que maneja el estado! Tampoco el empleado que lo pasa por la máquina podría con sus ojos leer lo que ahí dice. Las ciencias de la negatividad, ciencias del signo, las que estoy promoviendo como modelo del psicoanálisis, en cambio, se refieren a hechos que no pueden inscribirse en un aparato cibernético, que no son “binarizables” y que, por lo tanto, son irreducibles al cálculo y a la predicción propios de la “objetividad” requerida de la “ciencia” en su versión oficial, esa que **dura** llaman, ciencia “dura”. Al inconsciente de Freud y de Lacan no se lo puede leer en un código de barras. Es duro pero duro de entender. Se produce en el encuentro transferencial con el psicoanalista. Estas *disciplinas* (uso esa palabra para no presuponer su científicidad o falta de ella, más allá de la simplista oposición entre *ideología y ciencia*) son muchas: la historia, la filosofía, la economía política, la lingüística, la antropología, el psicoanálisis y otras más que, a veces, reciben el marbete de “ciencias sociales” y de “estudios culturales”. ¿Cómo conciliar los dos campos? Una posibilidad es la de negar uno de ellos afirmando un reduccionismo posible. Esa dilución de lo “subjetivo” en lo “objetivo” sería unilateral pues solo cabría concebirla como reduccionismo “de lo negativo a lo positivo” pero no a la inversa: ningún saber de las ciencias del signo, ciencias de la negatividad, podría jamás siquiera soñar con abarcar y abrazar el saber siempre creciente del cálculo y la exactitud “objetivas”. Por más que sepa o entienda del inconsciente en el diálogo con mi paciente, nada entenderé de lo que pasa en su cerebro. Personalmente, creo que no es posible el reduccionismo ni en un sentido ni en el otro. Se trata, muy simplemente, de reconocer que la humanidad es *una* especie natural como todas las otras y, además, es *la* especie, la única especie *cultural* que vive en sociedades donde impera otra forma de la herencia que no pasa por los genes sino por la palabra y la escritura. La especie que incluso tiene ahora la posibilidad de modificar la genética, la de todas las especies incluyendo la suya propia. Ese es un efecto maravilloso y amenazador, incluso tenebroso, de las ciencias positivas.

Al aceptar esta postulación de ciencias no positivas, de ciencias de la negatividad, hay algo que es evidente: la vida humana no transcurre solamente en “sociedades” sino que esas sociedades implican la creación de una compleja red de “instituciones” con sus leyes, reglamentos, construcciones físicas y mentales, organizaciones jerárquicas con estados y estratos más o menos móviles, técnicas e instrumentos cada vez más

complejos, etc. Un *Gestell* (Heidegger, 1952), un conjunto de *dispositifs* (Foucault, 1977) que no funciona anárquicamente ni tampoco funciona como la evolución natural; en síntesis, una *historia*.

Los procesos naturales son predecibles, calculables, estadísticamente probables; no así los hechos sociales. Se puede y se podrá predecir cada vez con más exactitud un fenómeno meteorológico e incluso el desarrollo de una mutación genética de un virus o la transmisión de un rasgo genéticamente determinado de un ser humano a sus descendientes; bien, pero ¿quién podría predecir el destino de un niño nacido hoy contra o según el deseo de sus padres, el sueño que me inquietará mañana por la mañana o la designación de un nuevo papa? No se trata de una mayor complejidad de las causas y circunstancias (que podrían, a su vez ser calculadas) sino de una indeterminación debida a que la conciencia, la tuya, la mía y la nuestra, es excedida y determinada por los azares y por la historia, por algo de lo que el sujeto, incluido en su trama, no puede ser conciente ya que es, esencialmente, inconsciente. Ese “inconsciente que es y está (*est*) estructurado como un lenguaje”. Para decirlo con mis palabras, que significan lo mismo, pero que han sido actualizadas por las circunstancias tecnológicas actuales: “el inconsciente es el excedente, el suplemento —no el complemento— de cuanto cabe escribir en lo más complejo de la red de todas las computadoras interconectadas”. Algo que está siempre ahí, que sobra, y que no deja de no escribirse. El inconsciente es lo humano que excede a las computadoras y que los partidarios de las computadoras (de la “inteligencia artificial”), convertida en matriz ideológica de la ciencia de hoy, se empeñan en negar. En pocas palabras: el inconsciente es lo que no cabe en Internet.

Puede decirse que la brecha entre los dos campos del saber, el positivo y el negativo, “no solo es insalvable sino también inaccesible e intocable”. De tal modo consagraríamos el saber al dualismo de raigambre cartesiana entre el cuerpo y el alma buscando (sin encontrar jamás) esas imposibles bisagras en el cuerpo (la epífisis con la que se ilusionaba el gran René Descartes) o una entidad metafísica, “una deidad que pudiese empalmar lo subjetivo y lo objetivo en una sola mezcla ontológicamente diáfana y epistemológicamente transparente” (como diría mi buen amigo, el psicofisiólogo José Luis Díaz.). Creo que tampoco eso nos conduciría a resolver la cuestión pues esa tesis no sería, en resumidas cuentas, otra cosa que el reduccionismo espiritualista que abandona al cálculo en beneficio de la teología. Para resumir, no creo en ninguna “ciencia del espíritu” (*Geisteswissenschaft*), en ninguna ciencia idealista opuesta a la ciencia natural. Toda ciencia es materialista, solo que hay dos clases de materialismo: el positivo “positivista” y el negativo “estructural”; para este último, el saber inconsciente, el que fija los marcos de la conciencia, es estructurado (en el curso de la historia) y *está* estructurado (para cada uno como sujeto diferente, inasimilable a los demás), como un lenguaje.

En resumen: El cerebro es en todo esencial para que haya “conciencia” —dejemos de lado el que nadie haya podido definir lo que es conciencia en 2500 años de reflexión sobre el tema y que los más brillantes y connotados filósofos (“neurofilósofos”) actuales hablen de “el misterio de la conciencia”. El amigo al que acabo de citar, José Luis Díaz, comienza un hermoso libro científicista dedicado a la conciencia diciendo: “El enigma de la conciencia ha atareado, intrigado y azorado toda mi vida como investigador en neurociencias, psicobiología, conducta animal y ciencia cognitiva”.

Por eso, yo, Néstor, en lo personal, no me pliego ni al “misterio” ni al “enigma” de la conciencia pues creo que podemos trascenderlos si no olvidamos el paradigma que a todos nos reúne, lo que todos, filósofos, psicoanalistas y científicos sabemos, enseñamos y hasta convertimos en piedra fundamental de nuestros discursos: el evolucionismo darwiniano.

No hay misterio ni enigma de la conciencia. El jeroglífico se descifra y se aclara si comenzamos por reconocer que la conciencia es una propiedad de toda sustancia viviente: la de recibir información de lo que sucede en su derredor y de responder a ello con cambios adaptativos. Eso sucede en todos los niveles de la vida: desde la más humilde de las plantas hasta el cerebro del más portentoso de los genios de la humanidad. Las raíces “saben” donde está la humedad que necesitan y cuál es la que sobra y “actúan” en consecuencia, las amebas unicelulares saben todo lo que necesitan saber de su charco lo mismo que las ranas. Las abejas comunican a sus congéneres los datos sobre las flores porque tienen “conciencia” de ellas y los apicultores cómo hacer para extraer la miel creando las condiciones para explotar los panales. Los astrónomos saben de su lugar en la tierra (y en la academia de la que reciben sus salarios) cuando miran a las estrellas. La conciencia es el saber inconsciente propio de toda sustancia viviente pero que se desarrolla de una manera inconmensurablemente distinta con la de vegetales y animales una vez que se entra en nuestro mundo humano que es lenguajero y donde la herencia sigue siendo una posibilidad abierta por la genética pero es una herencia potenciada por la historia y la cultura. Todos sabemos que el cerebro no ha evolucionado materialmente entre Arquímedes y Einstein, para nombrar dos cumbres, pero que hay una diferencia enorme entre las posibilidades de pensar la física en ambos, una diferencia cuantitativa y cualitativa, ¿debida a sus respectivos cerebros o al momento y lugar de cada uno en la historia, en la cultura y en la sociedad de sus respectivos tiempos, a su vida social?

Volvamos a nuestra argumentación: la conciencia humana requiere de un cerebro humano, no cualquiera, sino uno ubicado en un tiempo y espacio históricos, hablado primero por otros que lo constituyen como conciencia de sí mismo (*self*) capaz de reconocerse como *yo* en un espejo y



después hablante en una lengua específica. En todos los primates humanos, excepto los tarados, el complejo aparato del lenguaje, al nacer, tiene la posibilidad de hablar cualquiera de las lenguas que hay, hubo y habrá, pero, por las circunstancias propias del lugar, tiempo y genealogía, por la historia y no por la genética, acabará por usar una, o dos, o unas pocas dentro de las infinitas posibilidades de las capacidades neurolingüísticas de su cerebro.

Insistamos, se trata del espacio y de las dos maneras de concebirlo. Hay un espacio material que localizamos en la cavidad del cráneo de cada uno donde se aloja el órgano que hace posible ¡hace posible! la conciencia (¡y no es la causa de esa conciencia!) y se llama cerebro. Los billones de neuronas y sus sinapsis están ahí y entre ellos se dan todo tipo de ligazones y se pueden dibujar los mapas y se pueden identificar las sustancias neurotransmisoras, los intercambios en las membranas interneuronales, los diferenciales de potencial eléctrico, etc. Son variables numerables, calculables, objetos de la ciencia positiva: biología, física y química que se dan cita en la vertiginosa pista de baile encefálica. No solo es posible estudiarlas: investigarlas es una misión de la humanidad en esta época de tecnologías revolucionarias que dan acceso a una combinatoria antes impensable y permiten plantear problemas cada vez más espinosos. El estudio de las relaciones entre ese órgano y el resto del cuerpo y entre ese órgano y el medio ambiente es esencial y fascinante. Debemos saber cómo el encéfalo recibe los datos propioceptivos y exteroceptivos y cómo los procesa. No hay cortapisas ni limitaciones ni prohibiciones para curiosear en ese blando aparato físico, los sesos, que algunos se comen fritos y otros rebozados, ese aparato nervioso central que permite levantar los edificios teóricos de las ciencias duras y blandas. Que no quepan dudas. De nuestros cerebros tenemos todavía mucho que aprender. Ese, que nadie lo ponga en duda, es un espacio.

Y hay otro espacio que no es físico, este espacio que nos une y nos distancia a mí en Barcelona y a ustedes en Tucumán: el espacio de los intercambios entre los organismos cerebrados (y sexuados, hay que agregar) que se comunican mediante señales y códigos convencionales y que se entienden o malentienden entre sí. Se puede saber, calcular y hasta modificar por medios físicos y químicos qué pasa “en” el marote de cada uno (tomando café o alcohol o anfetaminas, por ejemplo) pero ¿cómo hacer lo mismo con lo que pasa “entre” las cabezas cuando se habla en público y privado, cuando se lee, cuando se escribe, cuando se legisla, cuando se comunican y se comparten datos falsos o verdaderos? ¿Quién podría decir cómo repercuten mis palabras en cada uno de ustedes y qué se les ocurre mientras yo hablo, quiénes me atienden, quiénes desconfían de mis palabras y quiénes se aburren con mi rollo? Se conocen (se pueden conocer) los cambios en los cerebros de dos seres humanos que se acarician o se golpean pero, ¿se sabe así lo que es el amor y el odio entre

ellos? ¿Quién puede predecir los sueños que tendrá uno cualquiera de nosotros cuando se duerma o lo que sentirá al escuchar una canción? ¿Cómo recibirá y transmitirá sus emociones?

“Dos puntas tiene el camino”; pusimos este ejemplo de la canción y ya lo atahualpeamos. Claro, entienden lo que digo aunque Atahualpa Yupanqui no haya compuesto ni tocado ni cantado la cueca de las dos puntas. ¿En qué cerebro, con qué chirimbolos centellográficos se alcanzará la comprensión de ese neologismo que acabo de inventar para ustedes, porque ustedes, compatriotas del norte, me lo inspiraron? Ese “atahualpear” que entienden aunque nunca entró en sus cerebros ni tampoco en el diccionario de la Real Academia.

Importantes científicos positivistas como Erich Kandel, premio Nobel de medicina por sus investigaciones sobre la memoria de los moluscos, se complacen en imaginar que se llegará finalmente a una “fusión” (*merging*) de las propuestas neurobiológicas y las del psicoanálisis. Pienso que esa fusión es imposible por la naturaleza y los métodos de ambas disciplinas, lo lenguajero negativo del lado freudiano y lo neuronal positivo del lado de Kandel. No pienso que el psicoanálisis pueda renunciar a su “núcleo duro”, el que sostiene que “el inconsciente está estructurado como un lenguaje” y que ese inconsciente debe ser abordado desde las transacciones *lenguajeras* (no “lingüísticas”) entre sujetos hablantes, en un espacio discursivo, sociocultural, transpersonal, donde se alcanzarán los conocimientos relacionados con la vida individual aceptando que el sujeto no es replicable, que no hay dos cerebros iguales y que las experiencias de cada uno constituyen y configuran lo esencial de su ser en el mundo, de su vida como camino hacia la muerte.

Kandel y otros muchos se regocijan con esta metáfora: las ciencias naturales y el psicoanálisis cavan un túnel desde los dos laderas de una montaña. Finalmente, con paciencia y con saliva, los dos excavaciones acabarán por reunirse, habrá un feliz matrimonio de las ciencias positivas y las negativas. Mi idea es otra: las dos perforaciones de la montaña deben perseguirse al mismo tiempo, cada una desde su ladera. Al final no tendremos un túnel convergente sino dos túneles divergentes. Seguirá habiendo dos modos de indagar y de entender lo mental, dos modos no complementarios sino suplementarios, incompatibles, necesarios ambos.

Para desarrollar esa misma metáfora: no es excavando un túnel desde dos laderas de la montaña que se llegará a un punto de encuentro entre ambas perforaciones. ¿Qué tendremos en cambio? Dos túneles. Enhorabuena. ¿Qué mejor? La divergencia de los caminos no lleva al extravío: lleva a la ampliación del territorio explorado, a un saber siempre en aumento, a más interrogaciones, a la confirmación de que nunca agotaremos el conocimiento del alma (psiquismo, si se prefiere) de la mujer

—y del hombre, dicho sea de paso. A la conclusión absoluta de que no habrá conclusión.

No nos uniremos en matrimonio con la psicología cognitivo-conductual. No la ignoraremos. Simplemente seguiremos andando por el camino de Freud y Lacan. De vez en cuando nos mandaremos señales de humo. Ellos seguirán con su ideología y su ciencia; nosotros con nuestra práctica lingüística.

## **Referencias**

Marx, K. (1843). *La ideología alemana*. Montevideo: Pueblos Unidos, 1974.

---

Fecha de recepción: 17 de noviembre 2015

Fecha de aceptación: 17 de noviembre 2015